

y la salud pública, discurso que por su cercanía a otro tipo de opiniones de médicos e higienistas de otros entornos geográficos, puede considerarse representativo de algunas de las corrientes de opinión que se plantearon en los debates sobre la salud de la población proletaria, las reformas urbanas, la mortalidad infantil o la prostitución.

Más allá de los límites cronológicos marcados en el estudio, la obra finaliza con un capítulo sobre enfermedad y muerte en la Guerra Civil, con materiales procedentes fundamentalmente de dos informes sobre la situación sanitaria de España: el de la Fundación Rockefeller de 20 de agosto de 1939 y el *Rapport sur la situation épidémiologique de l'Espagne pendant l'année 1939* del director general de salud del bando vencedor de la contienda, J. A. Palanca. El enorme interés y las novedades que allí se apuntan, amén de tratarse de un periodo en el que faltan por llenar bastantes lagunas dentro de la investigación histórico-médica, haría deseable que este tema se incorporara a la agenda de los próximos trabajos del autor.

ROSA BALLESTER AÑÓN  
Universidad Miguel Hernández

María Jesús SANTESMASES. *Entre Cajal y Ochoa. Ciencias biomédicas en la España de Franco, 1939-1975*, Madrid, CSIC [Estudios sobre la ciencia, 28], 2001, 203 pp. ISBN: 84-00-06013-X.

La producción historiográfica sobre la ciencia y la técnica en la España franquista sigue estando necesitada de atención preferente. Precisamente, María Jesús Santesmases ha venido realizando importantes contribuciones en la última década a la comprensión de los procesos de institucionalización de las ciencias biomédicas en nuestro país, de las que se nutre en buena medida el texto que nos ocupa. *Entre Cajal y Ochoa* explora los desarrollos e institucionalización en nuestro país de tres disciplinas biomédicas como la neurofisiología, la bioquímica y la biología molecular. Una elección que la autora justifica por la contribución de dichas disciplinas al establecimiento de la experimentación biomédica en nuestro país y por la propia vinculación epistémica y metodológica existente entre ellas (p. 3).

La autora suscribe plenamente la tesis internacionalista a la hora de explicar el desarrollo y consolidación de la investigación biomédica en nuestro país. El espacio internacional es el ámbito de legitimación de las nuevas disciplinas y el que modula sus tendencias y desarrollos. El ámbito internacional es el referente de «modernización» y el motor que explica —

éste es el núcleo del libro— el papel «superador del atraso» desempeñado por un conjunto de investigadores e investigadoras españoles que accedieron a estancias de investigación en el extranjero. Dichas estancias posibilitaron la actualización disciplinar y la asimilación de las corrientes internacionales, así como la socialización de los investigadores en culturas de trabajo científico y de difusión de los resultados y promoción de la investigación ajenas a la tradición académica dominante en nuestro país. Internacionales fueron también los ámbitos de reconocimiento de la labor investigadora de Cajal y Ochoa, con la concesión de sendos premios Nobel en 1906 y 1959, respectivamente, que actuaron como catalizadores y legitimadores de la institucionalización de la investigación biomédica en España.

El análisis de los procesos de consolidación de las citadas disciplinas que nos ofrece la autora presta así mismo atención a los factores locales. El libro toma en consideración los procesos de depuración de científicos tras la Guerra Civil, que junto al exilio diezmaron las universidades y afectaron de manera llamativa a los discípulos de Cajal; la política de selección de personal y creación de nuevos centros del CSIC desarrollada por José María Albareda, su director general desde 1939 —fecha de su creación— hasta su fallecimiento en 1966; el impacto de la política económica autárquica y la posterior apertura; la vinculación entre la investigación universitaria y la industria farmacéutica nacional; la consolidación de la carrera profesional en el CSIC o la renovación de la política investigadora y de la educación superior de la mano de la reforma impulsada por José Luis Villar Palasí a finales de los sesenta y comienzos de los setenta.

El resultado de esta mirada es un acercamiento coral a las biografías y trayectorias profesionales de una parte sustancial de esas elites investigadoras y una reconstrucción de los avatares de ciertos grupos de trabajo que permitieron la institucionalización de la neurofisiología —una vez cercenado el legado cajaliano—, la bioquímica y la biología molecular en los institutos del CSIC y en los departamentos universitarios españoles. Un acercamiento que se beneficia del recurso sistemático a algunas colecciones documentales como los expedientes académicos y los de depuración conservados en el Archivo General de la Administración, del acceso a importantes archivos personales como los de Antonio Gallego, Alberto Sols, o del propio Severo Ochoa y de una importante red de contactos con algunos de los protagonistas.

El énfasis en la hipótesis internacionalista como referente modernizador y promotor de la cultura de la experimentación que permitió superar los obstáculos locales, acaba convirtiendo a las sucesivas elites de investigadores en protagonistas y agentes únicos de la acción «modernizadora». Aunque

la autora presta atención a la creciente influencia política ejercida por este colectivo, el texto no relaciona su participación en las redes político-científicas con los usos políticos ni los variables usos culturales otorgados a la ciencia en la España del franquismo. Es precisamente en el terreno de la interpretación cultural y política donde emerge con mayor nitidez el carácter negociado de las prácticas y estrategias profesionales y estatales que permiten el desarrollo e institucionalización de las disciplinas científicas contemporáneas. Prescindir de estas variables explicativas puede, por el contrario, facilitar interpretaciones deterministas de dichos procesos. El libro acusa, por último, cierta premura en su edición. El estilo expositivo no siempre resulta claro y el texto está salpicado de errores tipográficos y abundantes erratas bibliográficas. Además de una revisión serena, el texto se habría beneficiado de la inclusión de un índice onomástico, que hubiera añadido valor a la importante empresa prosopográfica realizada por la autora.

ALFREDO MENÉNDEZ NAVARRO  
Universidad de Granada

Frederic L. HOLMES. *Meselson, Stahl, and the replication of DNA*, New Haven, Yale University Press, 2001, 503 pp. ISBN: 0-300-08540-0 [45\$].

El pasado 27 de marzo falleció en New Haven (EE.UU.) el historiador Frederic Lawrence Holmes (1932-2003) que desempeñaba la cátedra de historia de la medicina de la Universidad de Yale. El libro que ahora reseñamos es un ejemplo más de lo que fue el principal tema de investigación del autor: el análisis de la «estructura fina» de la creatividad científica. Su interés por el tema se remonta a sus años de formación con Henry Guerlac, cuando este historiador norteamericano inició sus investigaciones sobre los cuadernos del laboratorio de Lavoisier que desembocaron en su famoso libro acerca del «año crucial» (1772) del químico francés. Holmes realizó sus primeros trabajos sobre la teoría de afinidades de Bérthollet y luego dirigió su atención al que sería el primero de sus *case-studies*: los trabajos de Claude Bernard sobre el concepto de medio interno y sus investigaciones sobre la digestión y la nutrición, las cuales pudo reconstruir gracias a los cuadernos de laboratorio conservados en el Collège de France que, a finales de los años sesenta, estaban siendo catalogados y estudiados por otro importante historiador, también recientemente fallecido, Mirko Grmek. En su libro, aparecido en 1974, *Claude Bernard and Animal Chemistry*, Holmes señalaba que su principal objetivo había sido estudiar los cuadernos de laboratorio realizados entre